

Chico Buarque, 70 años

Pablo Espinosa

De chico quería ser João Guimarães.

Con los años, Chico diría que le avergonzaba un poco haber dicho eso de niño “porque es muy difícil ser Guimarães Rosa”.

Antes de su amor por la música nació su pasión por la escritura. Pero en el camino halló su misión, semejante a la de Mozart: simplemente, procurar alegría a los demás.

Se todo mundo sambase seria tão fácil viver, escribió en 1964. Si todo el mundo sambase, bailara, sonriera, sería más fácil vivir.

Su compromiso con los otros le costó cárcel, exilio, penurias económicas.

Al cumplir 70 años el 19 de junio de 2014, Chico Buarque de Holanda se confirma como uno de esos hombres cuya acción cambia la historia.

La dictadura militar bajo la cual hizo su trabajo a contracorriente ya no existe como tal, pero la opresión, ese componente perverso de la naturaleza humana, mantiene vigente su contraparte, la poesía:

Hoy es usted el que manda
Lo dicho, está dicho
No hay discusión, ¿no?
Toda la gente hoy anda
Hablando bajito
Mirando al rincón, ¿vivo?
A pesar de usted
Mañana ha de ser
Otro día
Yo quisiera saber
Dónde se va a esconder
De esa enorme alegría
Cómo le va a prohibir
A ese gallo insistir
En cantar
Agua nueva brotando
Y la gente amándose
Sin parar
A pesar de usted

Mañana ha de ser

Otro día

La opresión, el abuso de autoridad, el desprecio al otro, la ilusión del poder tienen formas violentas siempre.

No es necesario que exista una dictadura militar: la condición humana incluye la presencia permanente del opresor, ese ser diminuto pero crecido en su poder chiquito para pergeñar, perseguir, espiar, despreciar, maltratar, amenazar, violentar. Oprimir.

En el caso de la canción *A pesar de você*, la reacción del dictador en turno fue prohibir, pero ya esa canción se había convertido en el himno de la resistencia y creció, a pesar de quien sea, como crecen las cosas buenas: de manera natural y sin violencia.

El sistema establecido pone obstáculos, arma maquinarias para desarticular las revoluciones, siempre demasiado tarde, siempre ilusoriamente, siempre en vano, porque a pesar de eso, mañana siempre es un nuevo día.

Llamar “canción de protesta” a esa y muchas obras de Chico Buarque y otros grandes revolucionarios disminuye, encasilla, oprime, repliega, o al menos eso intenta, el valor de la obra para que parezca, con el paso del tiempo, obsoleta, fuera de “moda”, caduca.

Chico Buarque de Holanda no “fue” un “cantante de protesta” ni un autor de éxitos. ES un clásico. Ya pasó a la historia, sin proponérselo siquiera.

En el imaginario popular y en los círculos intelectuales, Chico Buarque suele ser un autor pasado de moda, que escribió contra la dictadura militar. Falso. Es un poeta libertario que escribió contra la opresión, ese fenómeno de la sociedad que se repite, persiste.

No es necesario, hay que insistir, que exista una dictadura militar para que el opresor surja como figura perenne.

El hecho de dotar de alegría a las personas, a los oprimidos, de asumirse como otro más de los de abajo, fue suficiente para dinamitarlo todo.

Una canción de Chico Buarque, titulada *La banda*, despertó a los adormilados, puso a bailar a los tristes, hizo soñar a los insomnes, volvió poderosos a los humildes y puso alas en los pies de todos.

La idea es dinamitadora por sencilla: un pueblo triste (oprimido) sonríe porque escucha en la calle una banda musical que canta cosas de amor y salen todos a la calle a bailar. El poderío de las metáforas que inventa Chico Buarque sigue venciendo al opresor, que sigue ahí, oprimiendo al que puede, servil al poderoso y cobarde ante los que sí tienen la fuerza que él no:

En *La banda*, un hombre serio que contaba dinero paró; la chica triste que vivía callada sonrió; la rosa triste que vivía cerrada se abrió; y los niños todos se amontonaron para ver la banda pasar cantando cosas de amor.

El anciano débil olvidó el cansancio y pensó que aún era joven para salir a la terraza a bailar; la chica fea se puso de bruces en la ventana pensando que la banda tocaba para ella; la ciudad entera se adornó para ver la banda pasar cantando cosas de amor.

Carlos Drummond de Andrade escribió una crónica en un periódico brasileño donde descifró la naturaleza del éxito de esa canción que catapultó a Chico Buarque.

Brasil vivía “los años de plomo”, la oscuridad de la dictadura militar. La opresión.

En ese contexto, la canción de Buarque, escribió Drummond, trajo luz frente a la oscuridad “porque de amor andamos muy

necesitados, en dosis tal que nos alegre, nos rehumanice, nos corrija, nos dé paciencia y esperanza, que nos vacune contra lo feo, lo equivocado, lo triste, lo malo, lo absurdo y todo eso y más que estamos viviendo y presenciando”.

Ese Prometeo carioca (tal era su apodo: *Carioca*, y también le decían *Logo*) recurrió al arma letal contra la opresión: el amor, la poesía, la música.

No fue fácil, porque el opresor se creía inteligente y oprimía más.

En la historia universal de la infamia, los métodos de los artistas para burlar la censura ocupan capítulos enteros que parecen divertidos pero contienen también dosis de dolor, valentía, inteligencia, talento y sí, mucho humor, porque la risa también es arma letal.

En los peores momentos de la censura, Chico Buarque y todos los artistas y escritores tenían que someter su obra a la censura y llevar sus textos a dependencias con nombres ridículos y dependientes fanáticos cuya tarea, se ufanaban, era “cazar comunistas” y prohibían de lo lindo y divertido: por ejemplo, impidieron una transmisión televisiva de un programa de archivo del Ballet Bolshoi, simplemente porque era una institución de un país comunista.

En su libro *Desenho mágico-Poesia e política em Chico Buarque*, Adélia Bezerra de Meneses recuerda que la dictadura entendió el recado escondido en la canción *Anonovo*, escrita en 1967, y la prohibió porque era en realidad una crítica a la alegría por decreto que al gobierno le gustaría que reinase entre la población, cuando lo que reinaba era el dolor, la tristeza. La opresión.

En la canción *Partido Alto*, de 1972, que escribió para el filme *Quando o carnaval chegar*, de Cacá Diegues, Chico Buarque tuvo que sustituir la palabra “titica” por “coisica” y “brasileiro” por “batuqueiro”, para acatar las órdenes del opresor-censor.

Cuando escribió la música para la película *Calabar: O elogio da traição*, texto de Ruy Guerra dirigida por Fernando Peixoto, le fue prohibido usar la palabra *Calabar*, porque el asunto original, que consistía en analizar la posición de Domingos Fernandes Calabar en el episodio histórico en que un mulato tomó partido al lado de los invasores holandeses, había un claro paralelo

con la figura del capitán Carlos Lamarca, quien en enero de 1969 desertó del ejército y se unió a la guerrilla, con todo y armas y municiones.

El álbum que publicó después Buarque tenía una portada que decía: *Chico canta Calabar*, que la censura dejó en “Chico canta”. Pero la respuesta fue genial: la canción titulada *Cala a boca, Bárbara*, contiene la palabra prohibida: “*Cala a boca, Bárbara*”, repetida innúmeras veces.

La canción titulada *Cálice* en 1973, en complicidad con Gilberto Gil, recurre a metáforas a partir de la *Biblia* y del poema de César Vallejo:

Pai, afasta de mim esse cálice
De vinho tinto de sangue

Era demasiado, creyó pensar el opresor y la censuró de inmediato (*Padre, aparta de mí ese cáliz / de vino tinto de sangre*) sin que se sepa aún, bromean los oprimidos, si entendió el juego de palabras: *cálice = cale-se*. Cállese.

Ya el opresor lo tenía más que ubicado, y además censuraba canciones sin siquiera leerlas: solo con ver el nombre del autor.

Chico Buarque se inventó entonces un pseudónimo, para resolver sus problemas económicos pues no podía publicar.

Se llamó, en muchas canciones, Julinho da Adelaide. También se inventó, con todo y autobiografía, a la manera de su futura novela *Budapest* donde el protagonista será un escritor fantasma o “negro”, el pseudónimo de Pedrinho Manteiga.

Pero ya era casi imposible para él escribir: el opresor babeaba sus fauces frente a él, bramaba, gruñía, amenazaba.

Se dedicó entonces a escribir novelas, sin dejar la música. Empezó a redactar *Fazenda modelo*, en la que de manera alegórica critica las formas de dominación social, utilizando como escenario una comunidad bovina.

Su vocación literaria nació de la convivencia con su padre, el gran historiador brasileño Sergio Buarque de Holanda, a quien Chico recuerda, cuando niño, en imagen y sonido “em branco e preto”: su padre frente a la máquina de escribir. Veía la imagen entre brumas y escuchaba el tableteo de las teclas, el fluir de las ideas.

De por sí en sus canciones desde el principio gozó del placer de las palabras, de su maestría en el uso de las aliteraciones, su poderosísima prosodia y su capacidad de inventar palabras, como en uno de sus primeros éxitos:

Pedro pedreiro penseiro esperando o
[trem
Manhã, parece, carece de esperar
[também
Para o bem de quem tem bem
De quem não tem vintém

La palabra “penseiro” la inventó Chico, diría luego su padre, “porque le gusta mucho la obra de João Guimarães Rosa, quien se la pasa inventando palabras”.

Gran sertão: Veredas, la novela de Guimarães (1908-1967), es el mundo construido en el lenguaje, un aparato semiótico, ontológico, filosófico, moral de dimensiones descomunales. Todo construido desde la invención del lenguaje. Se compara a esta novela con *La divina comedia* de Dante, el *Fausto* de Goethe, el *Quijote* de Cervantes...

En su libro *Chico Buarque: Cidade submersa*, Regina Zappa y Bruno Veiga recuperan las palabras en voz del propio Chico Buarque: “yo quería ser Guimarães Rosa. Hoy me avergüenzo un poco de eso, porque es difícil ser Guimarães Rosa. Yo inventé esa palabra, penseiro, claro, para hacer una rima y una aliteración”.

Chico no quería ser grande. Simplemente quería practicar las artes de su admirado gigante. Y lo logró.

Una de sus obras más populares, *Construção*, es originalmente un experimento formal, una manera de verter su vocación de fundar universos con el lenguaje.

Construção está construida con endecasílabos y proparoxítonos: acentos de intensidad en la antepenúltima sílaba: esdrújulos. Está conformada en tres segmentos textuales autónomos, los dos primeros con 17 y el tercero con siete versos. En las repeticiones, Chico desarma el artefacto y lo vuelve a armar de manera diferente, creando un sistema de símbolos, imágenes poliédricas y fascinación musical.

La intensidad de su poesía, la belleza y poderío son de este calibre:

Seus olhos embotados de cimento e
[lágrima]

O este verso:

Dançou e gargalhou como se ovisse
[música]

Y es que el contexto cultural donde creció Chico, esa efervescencia cultural que produjo sin quererlo el opresor, tenía como caldo de cultivo las vanguardias, la poesía concreta, la poesía praxis, el poema proceso, la poesía semiótica, todo eso a través de manifiestos y programas estéticos, que consigna Anazildo Vasconcelos da Silva en su libro *Quem canta comigo. Representações do social na poesia de Chico Buarque*.

El experimentalismo lingüístico, la desnaturalización de la palabra, la palabra “cosa”, el poema “código” o semiótico, la convivencia de poetas con músicos, el maridaje de lo culto con lo popular.

Entre la pléyade: Vinícius de Moraes, Carlos Drummond de Andrade, Manuel Bandeira, João Cabral de Melo Neto, Cecília Meireles, Haroldo de Campos.

Es lógico en ese contexto que Chico Buarque escribiera cinco mil versos en su pieza *Gota d'água*, rimados y metrificados, pero no musicalizados.

Acostumbrado el sistema establecido en poner dentro de compartimentos estancos a todos, Francisco Buarque de Holanda, “cantante de protesta”, no podía ser otra cosa.

La crítica literaria tardó cinco novelas para reconocerlo como uno de los grandes escritores contemporáneos, digno de los mejores premios literarios del planeta.

A la inicial *A banda* (1966) siguió la ya citada *Fazenda modelo* (1974), enseguida *Chapeuzinho amarelo* (1979), *A bordo do Rui Barbosa* (1981), *Estorvo* (1991), *Benjamin* (1955), *Budapeste* (2003) y la más reciente: *Leite derramada* (2009).

Los elementos que enaltecen su poesía puesta en música permean su trayectoria novelística. No hay que olvidar que Chico Buarque ha escrito desde el inicio para la escena: montajes teatrales, musicales-escénicos, películas y en equipo con grandes maestros de la pluma, de la lente y la actuación.

En su soledad, frente a la hoja en blanco, Chico Buarque vuelca el corazón enredado



Chico Buarque

en su cerebro y crea situaciones tan fascinantes como las que teje su personaje José Costa, un escritor fantasma o “negro” que en Budapest, que así se titula esa novela, queda fascinado por la sonoridad, la arquitectura y complejidad de la lengua húngara y tiende un puente ilusorio entre Brasil y Hungría y se desdobra en Zsoze Kósta, en un fascinante juego de espejos donde el humor destila.

Destila también en *Leche derramada* ese humor candoroso, nostálgico y cordial a través de su personaje entrañable Eulálio Montenegro d'Assumpção, de un siglo de edad y su hija, Eulália, de 80 años y su trazo histórico de Brasil, en un claro homenaje a su padre, el gran historiador.

Desde chico, Buarque posee el don de la palabra.

La música llegó y lo fulminó cuando era adolescente y escuchó *Chega do saudade*, ese poema vuelto magia entre Vinícius de Moraes y Antônio Carlos Jobim y luego vuelta marabunta por João Gilberto, quien inventó el *bossa nova* con tan solo bajar el volumen de la voz, la velocidad del compás y lograr así una rítmica ondulante, lasciva, donde una simple guitarra suena como orquesta.

Ahí nació todo.

Chico Buarque, como lo haría en paralelo su gran amigo Caetano Veloso, se encargaría de llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias.

En su pieza *Tem mais samba* (1964), escrita para el musical *Balanço de Orfeu*, de Luiz Vergueiro, Chico Buarque puso una bandera en lo alto de la cima de la libertad, con un simple verso:

Se todo mundo sambase seria tão fácil
[vibir.
Si todo mundo sambase sería tan fácil
[vibir.

Para querer ser Guimarães, para sonreír sin que el opresor lo perciba, para ser libre. Para vivir.

Feliz cumpleaños 70, querido Chico Buarque de Holanda.

En tu honor, hoy el mundo recita tu verso y canta, para contagiar a los otros:

Se todo mundo sambase seria tao fácil
[vibir.

Y entonces, todos salimos a la calle, para ver la banda pasar, cantando cosas de amor. **U**